

Es un agradable día de otoño de 1887 en el pequeño poblado alemán de Hersbruck. El sol brilla a pleno y su luz realza la magnífica arquitectura de la región bávara. Las hojas marchitas de los cipreses caen sobre la adoquinada *Nürnberger Straße*, dejando una alfombra color marrón y amarillento al paso de carruajes, tranvías a caballo y peatones. Entre el bullicioso tráfico, un cabriolé se abre paso a toda prisa por la calle principal. Su chofer acostumbra a transportar distinguidos huéspedes que llegan en tren al pueblo y se alojan en el lujoso Hotel Kaiser. El elegante vehículo se detiene frente al majestuoso portal de entrada y del mismo desciende un apuesto caballero de 35 años cargando un bolso de mano y una chaqueta. Al ingresar al hall del palaciego edificio se quita el sombrero y se dirige a la recepción.

—*Guten Morgen, Herr* —saluda el recepcionista.

—Buenos días. Soy el Comisario Albert Ludwig, de Investigaciones Especiales de la Policía de Berlín. El Dr. Heinrich Schulze está alojado en éste hotel. ¿Puede usted avisarle que estoy aquí? Me está esperando.

El Insp. Ludwig es además Doctor en Medicina Forense, amigo y colega de estudios del Dr. Schulze. Ambos se graduaron con honores en la *Humboldt-Universität*.

—Disculpe usted, pero el *Doktor* ya no se encuentra hospedado aquí.

—Pero eso es imposible —se queja el recién llegado—. Hace dos días recibí un telegrama de Heinrich Schulze donde me solicitaba que viniera a éste lugar para verle.

El recepcionista le pide con amabilidad esperar unos minutos y a continuación busca al Gerente para que le explique la situación.

—Inspector Ludwig, soy Egbert Baum, *Hoteldirektor*; disculpe este inconveniente. Efectivamente, el Dr. Schulze se hospedaba en este hotel pero no ha regresado. Desde hace dos días no se sabe nada de él.

—¡Qué extraño! —responde el Inspector, incrédulo—. ¿Podría ver su habitación?

—Me temo que no va a encontrar nada allí. Sus pertenencias han sido retiradas.

—¿Cómo dice? —protesta Ludwig— ¿A qué se refiere con que las han retirado? ¿Quién

ha dado esa orden?

—Se las han llevado a la delegación de policía —le explica el Gerente—. Por orden del dueño del Hotel se ha desocupado el cuarto de hospedaje.

—¿Quiere decir que la recámara está disponible?

—Es correcto, Señor.

—Entonces quisiera quedarme en esa habitación, si fuese posible.

—Enseguida, Inspector —responde Baum, y volviéndose hacia el recepcionista, le ordena que llene el formulario de ingreso para Albert. Luego solicita un botones para que acompañe al oficial hasta la pieza donde se había hospedado el Dr. Schulze. Antes de retirarse, Ludwig realiza una última consulta:

—*Herr Hoteldirektor*, una pregunta más: ¿dónde puedo encontrar al dueño del establecimiento? Me gustaría conversar con él.

—El Dr. Gruber es un hombre muy ocupado y difícil de ubicar durante el día, pero todas las noches viene a cenar a nuestro restaurant. Lo podrá encontrar allí ésta noche.

—Comprendo, gracias —dijo Ludwig. A continuación, el botones le señala un ascensor *Otis* recién instalado y acompaña al Inspector hasta el piso 9, suite 919. Luego de abrir la puerta, el empleado recibe una moneda de 10 *Pfennigs* por su servicio y Albert entra a la habitación.

Mientras tanto, en las afueras del pueblo, un grupo de niños juega al escondite en un campo de malezas junto a un bosque. El más grande de ellos se apoya en un árbol y en voz alta dice:

—¡Ahora me toca a mí! —Cerrando sus ojos y ocultando su rostro con las manos, comienza a contar— 1, 2, 3...

Los otros dos chiquillos, desesperados, buscan un lugar donde esconderse. El más joven de ellos, de no más de 6 años de edad, se aleja del sitio a toda prisa hacia un monte espeso de árboles y vegetación con espinas, mientras escucha la voz del segundo chico que, desde un punto oculto, le grita:

—¡Tim, por allí no! ¡Papá nos prohibió ir hacia allá! ¡Vuelve!

El pequeño Tim se interna en la maleza y se esconde detrás de un árbol en aquel extenso bosque vetado por su progenitor. Más de una vez había recibido un severo castigo por acercarse a aquella zona y ahora que ha sobrepasado más allá del límite, se siente más amenazado por sus padres que por cualquier ser espectral. De pronto, percibe una brisa en su espalda. Se da media vuelta y observa con curiosidad. Lejos de asustarse, Tim se interna más aún en la selva prohibida. Sus dos hermanos lo ven alejarse horrorizados, mientras su madre clama a gritos por el pequeño, pero ninguno se anima a seguirlo.

De regreso en el hotel, Albert continúa revisando el cuarto en busca de alguna pista dejada por su colega, pero por más que busca debajo de la cama y en los rincones, no encuentra nada. Decide entonces mudarse de ropa para ir a su encuentro con el Dr. Gruber en el restaurant. Mientras organiza sus prendas en el armario encuentra una cartilla gris en un estante perteneciente al *Stadtarchiv*, la oficina de Archivos Municipal. En ella hay anotada una fecha y un número de expediente. La guarda en un bolsillo para luego analizar si pertenecía a su amigo.

Esa noche, el propietario del Hotel Kaiser se encuentra cenando junto a su señora esposa en una mesa exclusiva del lujoso salón comedor del complejo. El Dr. Klaus von Gruber es un abogado de 65 años dueño de una inmensa fortuna, con la cual había construido el edificio e instalado allí su negocio, que utiliza como sitio de recepción para sus huéspedes especiales e invitados de honor, ya que él es una personalidad influyente en el ámbito social y político del país. Su marcada cicatriz en el pómulo derecho le da un aire de hombre aguerrido, que ha batallado toda su vida para llegar al sitio que hoy ocupa.

La pareja está degustando un exquisito vino tinto de la región de *Rheingau*, cuando Ludwig ingresa al majestuoso recinto y es interceptado por el recepcionista del restaurant. Ante la negativa de éste de permitirle acercarse a la mesa principal, el Dr. Gruber, dándose cuenta de la acalorada discusión que está teniendo lugar a la entrada de su elegante comedor, se levanta de la mesa pidiendo a su señora las debidas excusas para acercarse hasta la puerta y preguntar lo que está ocurriendo. El detective, al encontrarse frente a él, se presenta con la intención de hacer notar la importancia de su presencia en aquel restaurant.

—Buenas noches, Dr. Gruber. Soy el Dr. Albert Ludwig, Inspector de Investigaciones Especiales de la Policía de Berlín.

Pero Klaus von Gruber no desea elevar al distinguido visitante a su misma altura y decide mantenerlo en una posición inferior. Siempre resultaba mejor manipular a los subordinados que a los de su misma condición, solía decir.

—Mucho gusto Inspector, sea usted bienvenido, ¿qué lo trae a mi hotel?

—He venido desde la Capital Imperial a pedido de mi colega, el Dr. Schulze. Hace dos días recibí un telegrama en el que pedía mi ayuda para solucionar un caso y reclamaba mi presencia en éste hotel. Pero he llegado y encuentro que el Doctor ha desaparecido, al igual que sus pertenencias.

—Déjeme explicarle *Kommissar* —y señalando a su mesa le hace un ofrecimiento—. ¿Por qué mejor primero no se sienta y cena con nosotros? Mi esposa está esperando. Sea usted nuestro invitado ésta noche.

—Muchas gracias, Doctor.

Habiendo logrado apaciguar las exigencias del Inspector Berlinés, haciendo gala de las Relaciones Públicas, el Dr. Gruber acompaña al visitante hasta la mesa donde lo aguarda impaciente su esposa. Para ella, una espera así debía de estar justificada, y por lo tanto, la persona que estaba por conocer tendría que ser algún dignatario importante. Su esposo sabía de sus exigencias y a continuación, hace las debidas formalidades:

—Querida, te presento al Doctor Albert Ludwig, colega del Dr. Schulze, quien era nuestro invitado especial en el hotel.

—Mucho gusto Doctor —saluda la dama mientras extiende su mano.

La Sra. Margret von Bülow es una distinguida sexagenaria nacida en una privilegiada familia prusiana. Luce ésta noche un elegante vestido negro de finos bordados, delicados guantes y amplio cuello que deja relucir un magnífico collar de perlas naturales de las Islas Carolinas del Pacífico.

Luego de las presentaciones, los dos hombres se sientan junto a la mujer y son recibidos

por el *maître* con otra botella de vino de exquisita calidad.

—Permítame continuar con mi exposición, Dr. Ludwig—prosiguió diciendo Gruber—. El Dr. Schulze era un invitado en éste hotel gracias a mi amistad con el cuerpo de Policía. Es por ello que luego de dos días de ausencia comencé a preocuparme por su colega y entonces decidí informar a las autoridades policiales, las que resolvieron el traslado de sus pertenencias a la delegación para comenzar una investigación.

—Pero en la recepción me dijeron que usted había dado esa orden —replica Albert.

—Entonces le han informado mal —alega el Dr. Gruber.

No quedando satisfecho con la respuesta, el Inspector decide avanzar con el interrogatorio:

—En el telegrama que recibí me informaba de varios casos de muertes misteriosas en el bosque Dunkel, ubicado en las afueras del pueblo —comenta Ludwig—; supongo que debe haber escuchado sobre esos casos, ¿qué sabe usted de ello?

—Ciertamente. Han desaparecido varios niños que viven en los alrededores. Se alejan de sus padres mientras juegan con otros críos y se pierden en el monte. Alguno ha sido atacado por lobos salvajes. No ha sido más que eso, un desafortunado incidente —concluye Gruber.

En ese momento, llega al lugar el Jefe de Policía de Hersbruck con su señora. Al ver al anfitrión, la pareja se acerca para saludarlo.

—Dr. Gruber —saluda calurosamente el Jefe.

—*Polizeichef* Motzer, ¿cómo está usted? —responde el Doctor, y dirigiendo su mirada hacia Ludwig lo introduce—: Permítame presentarle al Dr. Insp. Albert Ludwig, de Investigaciones Especiales.

—Ah, Ludwig —dice sorprendido el Comisionado—. No sabía que nos visitaba.

—He venido a colaborar con un colega, pero me he enterado que ha desaparecido.

—¿Se refiere al Dr. Schulze? No sabemos que ha sido de él. Tal vez haya encontrado compañía y esté pernoctando en otro sitio —comenta con ironía el Jefe—. No sería extraño,

pues se lo ha visto rondando por algunos bares nocturnos.

—Con todo respeto, Señor, creo que se debería iniciar una búsqueda en vez de hacer especulaciones sin fundamento —objeta severamente Ludwig.

—Por supuesto, Inspector. Estamos haciendo indagaciones —aclara Motzer—. Puede usted venir a la delegación cuando quiera y revisar las pertenencias de Schulze. El Departamento de Policía de Hersbruck está a su entera disposición.

—Así lo haré, gracias.

En el instante en que el Jefe de Policía se retira a otra mesa, llega el *maître* con el menú solicitado: carne asada con patatas. Cuando se preparan para comer, alguien ingresa al restaurante. Es un funcionario policial trayendo un mensaje para el Jefe Motzer. El recepcionista le señala la mesa y el agente comienza su ágil avance hasta llegar al jerarca policial. Gruber y su invitado observan la escena, pero desde su ubicación no logran oír lo que el uniformado informa al Jefe de manera discreta. Su semblante denota que no son buenas las noticias que está recibiendo; de hecho, su rostro refleja ahora la pálida expresión de la muerte.

Rápidamente se levanta y acercándose a la mesa, comunica la terrible novedad:

—Han encontrado otro cadáver —dice enérgicamente el Comisionado de Policía—; lo tienen en la morgue del *Krankenhaus*.